

CAPITULO II.

PRIMER SITIO DE ZARAGOZA.

GERONA.

PORTUGAL. CONVENCION DE CINTRA.

1808.

Zaragoza amenazada.—Salida de Palafox.—Resolucion del pueblo.—Ataca el enemigo por tres puntos: es rechazado.—Combate de las Eras.—Enérgicas y acertadas disposiciones de Calvo de Rozas.—Recibe Lefebvre refuerzos de Pamplona.—Intima la rendicion á la ciudad.—Digna respuesta que se le da.—Accion de Epila desfavorable á Palafox.—Se retira á Calatayud.—Solemne juramento cívico en Zaragoza.—Serenidad de Calvo de Rozas, y entereza del marqués de Lazan.—El general Verdier trae refuerzos á Lefebvre.—Toma el mando en gefe.—Bombardeo.—Ataque general.—Defensa heroica.—Proeza de Agustina Zaragoza.—Maravilloso efecto que produce.—Nuevos ataques.—Aparicion de Palafox.—Alegría y entusiasmo popular.—Circunvala Verdier la poblacion.—Puente de balsas en el Ebro.—Combates diarios.—Ruda y sangrienta pelea en calles y casas.—Mortandad de franceses.—Levantán el sitio y se retiran.—Son perseguidos hasta Navarra.—Cataluña.—Segunda espedicion de Duhesme contra Gerona.—Confianza y arrogancia del general francés.—Viene á Cataluña una division española de las Baleares.—El marqués del Palacio capitán general del Principado.—Atacan Duhesme y Reille la plaza de Ge-

rona.—Baterías incendiarias.—No hacen efecto.—Alzan los franceses el sitio.—Desastroso regreso de Duhesme á Barcelona.—Portugal.—Auxilios que recibe de España.—Triunfo de los franceses en Evora.—Espedicion inglesa en favor de los portugueses.—Sir Arturo Wellesley.—Nuevos refuerzos ingleses.—Alarma de Junot.—Pónese á la cabeza del ejército francés.—Triunfo de Wellesley en Roliza.—Torres-Vedras.—Batalla de Vimeiro.—Victoria de sir Arturo Wellesley y derrota de Junot.—Armisticio propuesto por los franceses.—Convencion definitiva llamada de Cintra.—Es mal recibida de españoles y portugueses.—Profundo disgusto en Inglaterra.—Evacuan los franceses el Portugal.—Restablécese la regencia en aquel reino, y se disuelven las juntas populares.

Engreido y orgulloso el general Lefebvre Desnouettes con los fáciles triunfos de Tudela, Mallen y Alagon, sobre el paisanaje capitaneado por los dos hermanos marqués de Lazan y Palafox y Melei, acercóse el 14 de junio á Zaragoza, donde en el anterior capítulo le dejamos, con la confianza de no encontrar resistencia seria que impidiera su entrada en una ciudad desguarnecida de tropas, puesto que solo contaba dentro de su recinto sobre trescientos soldados, con unos pocos cañones sin artilleros que los manejarán, y á la cual circundaba en vez de muro una pared de diez á doce pies de alto, parte de tapia y parte de mampostería. No calculaba el francés, ¿y cómo podia imaginarlo? que aquellos nobles, valerosos y altivos moradores, habian de hacer de sus acorados pechos, en que hervía el fuego de la independencia y del amor patrio, otros tantos muros en que se estrellára toda la fuerza, todo el poder del vence-

dor de Europa, y que habian de hacer revivir los tiempos heróicos con tales hazañas que parecerian fabulosas.

Desconcertados y confusos anduvieron los zaragozanos la noche del 14 y mañana del 15 de junio viéndose tan de cerca amenazados por las tropas de Le-fevre. Faltóles tambien aquel dia lo que más hubiera podido animarlos, que era la presencia de su amado caudillo Palafox, el cual con las pocas tropas que tenia y algunos paisanos, llevando además consigo al capitán de artillería don Ignacio Lopez, el único que habia que supiera manejar aquella arma, salió de Zaragoza hácia Longares y puerto del Frasno, camino de Calatayud; movimiento acertado para sus fines, pero que dejaba desamparada la ciudad, á cuyas puertas se presentó ufano el francés á las nueve de la mañana con su division vencedora. Deliberaban el ayuntamiento y autoridades sobre el partido que convendria y se podria tomar, cuando penetró de improviso en el salon un grupo de paisanos armados de trabucos, diciendo que despejáran la pieza porque iban á ocupar los balcones para hacer fuego al enemigo. Otros habian salido ya á querer disputar la entrada á la avanzada francesa: rechazóles ésta fácilmente, mas como algunos ginetes penetráran en pos de ellos en la poblacion, viéronse de tal modo acosados por hombres, mugeres y niños, junto con algunos miñones y voluntarios al mando del coronel Torres, que casi todos

fueron destrozados junto á la puerta llamada del Portillo. Pequeño principio de combate, que comprometió á una defensa ruda y obstinada.

Todos los habitantes, sin distincion de clase, sexo ni edad, comenzaron á moverse; los mas robustos trasladaban á brazo los cañones á los puntos por donde calculaban que los enemigos intentarían penetrar, y bien que careciesen de oficiales inteligentes, no por eso dejaron de hacer terribles descargas. Era de ver cómo al toque de rebato acudia á la lid toda la poblacion. El francés determinó atacarla con tres columnas por tres diferentes puntos, á saber, por las puertas del Portillo, Cármen y Santa Engracia. No advirtió la primera de ellas que por la derecha podia ser flanqueada por los fuegos del castillo de la Aljafería, y así fué que se vió ametrallada por los que guarnecian aquel fuerte, capitaneados por el oficial retirado don Mariano Cerezo. No fué mas afortunada la que embistió la puerta del Cármen, puesto que hubo de retroceder tambien acribillada por la fusilería de los que tiraban guardados de las tapias, edificios y olivares. En mal hora penetró por la de Santa Engracia un trozo de caballería francesa, pues al intentar apoderarse de un cuartel inmediato, la mayor parte pagó con la vida su atrevimiento. Hasta tres veces fué disputada la posesion de este cuartel, y otras tantas fueron rechazados los franceses despues de sangrientos combates en patios, cuadras y corredores. Y entretanto peleábase tambien con

furor en un campo llamado *de las Eras*, con cuyo nombre designaron algunos la batalla de aquel día, á la cual solo puso término la noche, retirándose al amparo de ella los franceses, despues de dejar en el campo quinientos cadáveres, con seis cañones y otras tantas banderas. Lo notable de este triunfo no fué solo el valor de los hombres que peleaban, ni el arrojo de las mugeres que á porfia y en medio del fuego y de los peligros corrian á alentar á sus hijos y esposos, y á llevarles víveres, refrescos y municiones, sino que se hubiera logrado sin caudillo que los dirigiera y sin gefe que los guiara, sino mandando todos y todos obedeciendo á aquel que por el momento conseguia ejercer sobre los otros mas ascendiente (1).

Para remediar este mal, que en otra ocasion podria ser muy funesto, y hallándose ausente su querido general Palafox, pidió el vecindario por medio de sus diputados y alcaldes que hiciera sus veces el intendente y corregidor don Lorenzo Calvo de Rozas, hombre de un exterior frio, pero de un alma fogosa y ardiente, y muy para el caso en aquellas circunstan-

(1) Hubo sin embargo algunos militares que parcialmente mandaban en ciertos sitios, como el capitán Cerezo, el coronel don Mariano Renovales, los tenientes Tornos, Viana y otros; como tambien labradores que capitaneaban los paisanos de su parroquia, como don José Zamoray. Entre las mugeres se distinguieron doña Josefá Vicente, esposa de don Manuel Cerezo, hermano del don Mariano; Estefanía Lopez y algunas otras. Muchas particularidades de aquel célebre combate, que nosotros no podemos detenernos á referir, pueden verse en la Historia de los dos sitios de Zaragoza, por don Agustín Alcaide Ibieta, tres volúmenes en 4.º

cias. Así fué que bajo su direccion tomó aquella misma noche la ciudad un aspecto y una animacion extraordinaria: se buscaron y nombraron gefes: se les señalaron puntos; se mandó abrir zanjas, construir baterías, componer armas; se distribuyeron los trabajos de defensa, sin que faltase ocupacion ni para los religiosos, ni para las mugeres y los niños, pues mientras los unos hacian tacos de cañon y de fusil, las otras cosian sacos, ó los rellenaban de arena; y para evitar confusion y escesos y que las tareas no se interrumpiesen, se mandó alumbrar toda la poblacion, y patrullar por las calles. La guardia de las puertas se confió no solo á militares, sino á paisanos, y aun á eclesiásticos acreditados de intrépidos y valerosos (1). Trázanse obras de fortificacion, para lo cual se sacó de la cárcel al ingeniero don Antonio San Genis, preso en la tarde equivocadamente como sospechoso por los paisanos, y á falta de otros ingenieros militares servíanle de ayudantes los hermanos Tabuenca, arquitectos de la ciudad. Todo era pues movimiento, animacion, trabajo y entusiasmo; y en las mismas ó semejantes operaciones se pasó el día siguiente (16 de junio), con ser la gran festividad del Corpus.

No se atrevió Lefebvre á intentar nuevo ataque hasta que recibió refuérzos de Pamplona con artillería

(1) En la llamada de Sancho, Pablo don Santiago Sas, y uno por ejemplo, se colocó al beneficio de la parroquia de Santero don Manuel Lasartesa.

de sitio. Creyóse intimidar la ciudad enviando una comunicacion en que conminaba con pasar á cuchillo todos sus habitantes si no se daban á partido. La respuesta fué tan altiva y tan digna como era de esperar de ánimos tan esforzados, orgullosos ya además con el heróico triunfo del dia 15. Y mientras el enemigo artillaba una altura inmediata, llegaban á la ciudad soldados del regimiento de Extremadura, se ampliaba la junta militar, y se guarnecía el punto de Torrero. Entretanto el general Palafox, unido en Calatayud con el baron de Versages, y luego con su hermano el marqués de Lazan en la Almunia, llevando una division de seis mil hombres con cuatro piezas de artillería, marchó á Epila (23 de junio), célebre por una batalla en los fastos aragoneses, y punto, á juicio de otros gefes, poco militar para esperar al enemigo, pero que tuvieron que ceder y someterse á la resolucion inquebrantable de Palafox. Faltóle tiempo á éste para desarrollar su plan, porque anticipándose á él los franceses, á las nueve de la misma noche del 23 dieron sobre los nuestros, sorprendiendo y haciendo prisionera una avanzada, propio descaído de gente inexperta. La accion fué tambien desordenada, y á pesar del esfuerzo de la caballería y de algun regimiento de línea, tuvo Palafox que retirarse la vuelta de Calatayud con pérdida de mil quinientos hombres entre muertos y heridos, entrando al dia siguiente Lefebvre en Epila, donde cometieron los suyos los estragos de costumbre,

entre otros el de asesinar á un sacerdote y otras treinta y seis personas más.

Habian tenido razon los que opinaron en contra de la marcha de Epila, y Palafox además se convenció de que no era en batalla campal y con gente recluta como le convenia combatir á los franceses, sino robusteciendo y ayudando á los heróicos pero comprometidos defensores de Zaragoza, á cuya ciudad acudió ya su hermano el de Lazan llamado por Calvo de Rozas al dia siguiente de la derrota de Epila, alarmado con la noticia de que el enemigo iba á bombardear la poblacion. Con tal motivo, y queriendo asegurarse del espíritu del pueblo y de la tropa, convocaron el de Lazan y Calvo una junta general de autoridades, eclesiásticos, corporaciones y vecinos de todas las clases, en la cual se acordó defender la ciudad hasta morir; y para sellar esta resolucion con un compromiso sagrado y solemne, se dispuso que al dia siguiente (26 de junio), oficiales, soldados, vecinos y paisanos armados, ante la bandera de la Virgen del Pilar, prestarian el juramento cívico en la plaza del Cármen y en las puertas. A la hora designada y delante de una muchedumbre inmensa el sargento mayor de Extremadura preguntó en alta y sonora voz: «¿Jurais, valientes y leales soldados de Aragon, defender vuestra santa religion, vuestro rey y vuestra patria, sin consentir jamás el yugo del infame gobierno francés, ni abandonar á vuestros gefes y esta bande-

»ra protegida por la Santísima Virgen del Pilar nues-
»tra patrona?»—Un inmenso gentío respondió á voz
en grito: «Sí juramos.»

Oportuna fué esta ceremonia y este sagrado empe-
ño para reanimar los espíritus y neutralizar la impre-
sion de los contratiempos y peligros que en aquellos
dias corrieron los zaragozanos. Despues de la dërrota
de Epila se vió el intendente Calvo de Rozas en riesgo
de ser víctima de un artificio de mal género empleado
por un comandante enemigo: primeramente con apa-
riencias de querer entregarse, y después so pretexto de
conferenciar, sacóle al campo, donde tuvo luego la
avilantez de decirle que de no entregar la ciudad que-
daria muerto ó prisionero. Salvóle de tan indigno lazo
su serenidad y valor. Y como después platicase con
los generales mismos, que insistian en la entrega, ofre-
ciendo respeto á las personas y propiedades, y mante-
ner á todos y cada uno en sus destinos y empleos, ó
degollar en otro caso á todos los moradores, contestó
primero Calvo de palabra con entereza y brío, y des-
pués el gobernador militar marqués de Lazan por es-
crito, tan dignamente como ya lo habia hecho ocho
dias ántes. A poco de esto volóse con estruendo horri-
ble (si por descuido, ó por obra de mano enemiga, no
se sabe) el depósito de pólvora de la ciudad, confun-
diéndose por los aires envueltos en la humareda tro-
zos de edificios, vigas, carros, y lo que era mas hor-
roroso, miembros dispersos de bastantes infelices que

fueron víctimas de la esplosion: lamentable tragedia,
que produjo sucesivamente asombro y llanto en aque-
llos moradores (27 de junio). Acabó de hacer crítica
su situacion la llegada al campamento enemigo del
general Verdier con un refuerzo de tres mil ochocien-
tos hombres, treinta cañones de grueso calibre, cuatro
morteros y doce obuses. Verdier, como mas antiguo,
tomó el mando en gefe de todas las fuerzas sitiadoras.

Aprovechó el francés el aturdimiento y la conster-
nacion en que puso á la ciudad el incendio del alma-
cen de la pólvora para dirigir contra ella nuevos ata-
ques, que sin embargo fueron rechazados con vigor.
Pero otro contratiempo ocurrió en aquellos dias de
prueba á los sitiados. Atacado el Monte Torrero por
tres columnas francesas, el comandante Falcó que de-
fendia aquel puesto con varias piezas, algunos solda-
dos de Extremadura y doscientos paisanos, despues
de algunas horas de resistencia le abandonó retirán-
dose á la ciudad; conducta que fué calificada de trai-
cion por el vecindario, acaso con mas pasion que fun-
damento, pero que sometido al fallo de un consejo de
guerra acabó por ser arcabuceado. El daño que causó
su retirada habia sido en efecto grande. Dueño el ene-
migo de aquella altura, colocada en la eminencia una
batería de gruesos cañones y morteros, comenzó, al
propio tiempo que con otras levantadas en diferentes
puntos, á bombardear horriblemente la ciudad el 30
de junio. A tiempo llegaron aquella misma noche

trecientos soldados de Extremadura y cien voluntarios de Tarragona. Lejos de amilanarse los vecinos con la destruccion y el estrago de las bombas en casas y templos, diéronse á trabajar todos á competencia, los unos en abrir zanjas en las calles y atronerar puertas, los otros en levantar baterías, ó arrumbar cañones viejos ó apilar sacos de tierra, los otros en traer las aguas del Huerva á las calles para apagar los incendios, y los que más no podian empleándose en trabajos útiles en los sótanos, ó poniéndose de atalayas en las torres para observar los fagonazos y avisar la llegada de las bombas; y otros en fin, ¡prueba grande de magnanimidad y patriotismo! quemando y talando sus propias quintas, huertas y olivares, que perjudicaban á la defensa encubriendo los aproches del enemigo.

La mañana siguiente (1.º de julio) ordenó Verdier un ataque general en todos los puntos, batiendo al propio tiempo la Aljafería, y las puertas de Sancho, Portillo, Cármén y Santa Engracia, que defendian oficiales intrépidos como Marcó del Pont, Renovales, Larripa y algunos otros (1). Arreeió principalmente el fuego en la del Portillo, siendo en aquel puesto tál el estrago, que los cañones quedaron solos, tendidos en el suelo y sin vida todos los que los habian servido. Dió esto ocasion á una de aquellas proezas in-

(1) Como el ayudante de campo de Palafox, don Fernando M. Ferrer, que aquel dia, y durante todo el sitio hizo servicios muy importantes.

signes que dejan perpetua memoria á la posteridad, y se citan y oyen siempre con maravilla. Viendo una muger del pueblo, jóven de veinte y dos años y agraciada de rostro, que una columna enemiga avanzaba á entrar por aquel boquete, y que no osaba presentarse un solo artillero nuestro, con ánimo varonil y resolucion osombrosa arranca la mecha aún encendida de uno de los que en el suelo yacian, aplícala á un cañon de veinte y cuatro cargado de metralla, y causa destrozo y mortandad horrible en la columna; ella hace voto de no desamparar la batería mientras la vida le dure; su ejemplo vigoriza á los soldados, que acuden otra vez á los cañones y renuevan un fuego tremendo. Aquella intrépida y célebre heroína (la historia ha escrito ya muchas veces su nombre) se llamaba Agustina Zaragoza. El general Palafox remuneró después su heroismo, dándole insignias de oficial, una cruz y una pension vitalicia (1). Por fortuna se aparecieron como por encanto, fugados venjan de Barcelona, dos oficiales de artillería, don Gerónimo Piñeiro y don Francisco Rosete, que sin darse descanso y tomando cada uno á su cargo una batería, con direccion ya mas acertada é infundiendo aliento y brio en los nuestros, mantuvieron el fuego y el combate causando al enemigo grande estrago, hasta entrada la noche, en que

(1) Todavía las Cortes españolas, en la legislatura de 1859, han recompensado aquel acto varonil, que fué un gran servicio patriótico, concediendo á una hija de la célebre Agustina la misma pension nacional que disfrutó su madre.

suspendió el francés el ejercicio de cañon, pero no el bombardeo.

Renovóse al día siguiente con igual furia. Mas ya los nuestros obraban con mas serenidad, portándose como improvisados veteranos con solo la práctica de un día. Así fueron rechazados los que habiendo abierto brecha en la Aljafería se arrojaron á asaltarla. Así el comandante del puesto del Cármen, Marcó del Pont, tuvo presencia de ánimo para esperar que se aproximara á veinte pasos una columna, y á que los mas valientes de ella treparan ya por la brecha, para dar la voz de fuego y barrer entonces casi toda la columna en la misma formacion que llevaba. Así el marqués de Lazan recorría sereno, alentando á unos y premian-do á otros, los puntos de mas peligro; y así todos parecían haberse ido familiarizando con los riesgos. Pero un acontecimiento fausto difundió aquella tarde universal alegría en toda la poblacion. El general Palafox, en cuya busca habia ido don Francisco Tabuena, comisionado por la junta militar hasta encontrarlo en Belchite, aparecióse á las cuatro en la ciudad; de boca en boca corría la nueva, y de corazon en corazon el aliento que su presencia á todos inspiraba. Calculando Verdier que el modo de aproximarse con menos peligro á las puertas seria apoderarse de los conventos de Capuchinos y San José extramuros de la ciudad, hizo embestirlos con toda violencia y empuje: dos horas de pelea le costó el uno; porfiadas luchas

tuvieron que sostener los franceses cuerpo á cuerpo en los claustros, en la iglesia, en las celdas mismas del otro, y aun así no le desalojaron los nuestros sino despues de haberle incendiado. De este modo terminaron las combates de aquellos dos terribles días, cada vez mas próximos sitiadores y sitiados, mas sin ganar aquellos un palmo de terreno en la ciudad.

Trató luego Verdier de circunvalarla, con el objeto tambien de impedir los auxilios de tropas, de víveres, de pólvora y otros artículos que los sitiados recibían, principalmente por el lado donde la baña el Ebro. Además de la pólvora que enviaban los alcaldes de las inmediatas villas para remediar la escasez producida por la esplosion del día 27, recibióse de las fábricas de Villafeliche una remesa de trescientas diez y ocho arrobas, con ciento cincuenta de plomo, custodiada por un oficial y cincuenta soldados. El día 3 entraron mas de trescientos voluntarios, y una compañía de cien hombres de tropa conducida por un coronel. Así cada día (4). Con el fin de cortar las comunicaciones

(4) La fuerza armada que el 40 de julio habia en Zaragoza, según el estado que presentó el inspector don José Obispo, era la siguiente: Guardias españolas y walonas; batallon de cazadores de Fernando VII.; Extremadura; primer batallon de voluntarios de Aragon; batallon de voluntarios de Aragon de reserva del general; tercio de jóvenes; primer tercio de Nuestra Señora del Pilar; tercio de fusileros de Aragon; tercio de don Gerónimo Torres; tercero cuarto y quinto tercio de voluntarios aragoneses, portugueses y cazadores extranjeros; real cuerpo de artillería; compañía de Párras. La total fuerza respectiva de estos cuerpos consistía en 1,911 hombres de tropa veterana, y 6,671 bisonos. De ellos se empleaban en servicio activo diariamente 3,314 hombres de tropa y paisanos. Además existía el segundo tercio de Nuestra Señora del Pi-